



Don Facundo Iracundo, el vecino del segundo

ROBERTO ALIAGA

Ilustraciones de Raúl Sagospe





**Don Facundo Iracundo,
el vecino del segundo**

Roberto Aliaga

Don Facundo Iracundo, el vecino del segundo

Ilustraciones: Raúl Sagospe



edebé

© Roberto Aliaga, 2016
© *Ilustraciones*: Raúl Sagospe, 2016

© Ed. Cast.: edebé, 2016
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de la colección: Reina Duarte
Editora de Literatura infantil: Elena Valencia
Diseño de las cubiertas: César Farrés

Primera edición, febrero 2016

ISBN 978-84-683-2467-8
Depósito Legal. B.
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Aroa, que casi
protagonizó esta historia,
y para nuestro vecino de abajo
(aunque ya no sea nuestro vecino
de abajo, ni nosotros seamos
sus vecinos de arriba).*

Índice

1. El campeonato mundial	9
2. La opinión de César	21
3. La opinión de tía Adriana	27
4. Un problema	31
5. El Asunto Iracundo	39
6. El chihuahua	51
7. La maldad del caballero	63
8. ¡Al ataque!	73
9. Los carteles	83
10. La fiesta	89
11. Última oportunidad	101
12. Flores y pajaritas	109
13. La noticia	117

1

El campeonato mundial

Elia se colocó en posición, agarró el palo con fuerza y clavó las cuchillas sobre el hielo. En ese momento daba comienzo la prórroga. El primer equipo que consiguiera anotar ganaría la competición. Y no se trataba de un torneo de barrio, precisamente... ¡Se jugaban nada menos que el campeonato mundial de *hockey* sobre hielo!

El árbitro bajó el brazo al mismo tiempo que el sonido de la bocina escapaba por los altavoces, inundando el estadio.
«¡Puuuu!».



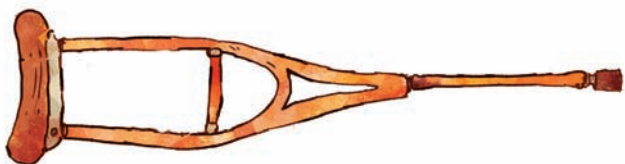
Elia comenzó el juego con un pase raso a Leonardo, como tantas otras veces durante los entrenamientos, y giró 180 grados para colocarse en la banda izquierda. Era la jugada perfecta. La habían ensayado un millón de veces. Todo el equipo se la sabía de memoria. Nada podía fallar...

Hasta que falló. El inglés del pelo verde pareció leerle el pensamiento y de pronto embistió contra ella, haciéndola caer de espaldas sobre el hielo.

Al diablo con la jugada. ¿Y ahora qué?

Todos sus compañeros corrieron a defender la portería. Todos salvo Elia, que se había quedado patas arriba en mitad de la pista, como una cucaracha.

La niña tomó impulso y, tras levantarse, se encaminó hacia la propia portería



con la esperanza de no llegar demasiado tarde, cuando los ingleses ya se hubieran apuntado el tanto decisivo. Pero entonces, sin saber cómo ni por qué, rompiendo todos los esquemas de lo imaginable, ese pedazo de caucho de tres pulgadas al que llamaban *disco* llegó deslizándose hasta sus pies.

Ni siquiera tuvo que pensarlo. Elia derrapó sobre el hielo, levantó el *stick* mientras se giraba para situarse correctamente y golpeó con todas sus fuerzas.

«¡Plas!».

Las veinte mil personas que ocupaban el Madison Square Garden se quedaron con la boca abierta, aguantando la respiración. El portero inglés abrió los brazos y manoteó como si espantara un enjambre de avispas, pero no le sirvió de

nada. El disco entró limpiamente por la esquina derecha.

¡Gooooo! ¡Final del partido! ¡Elia y sus compañeros soltaron los palos y corrieron a abrazarse! ¡Su equipo había ganado el...!

«¡¡TOC-TOC-TOC!! ¡¡TOC-TOC-TOC!!».

La serie de tres golpes, como tantas otras veces, se encargó de romper



el encantamiento y trajo a Elia de vuelta a la realidad. La pista de hockey volvió a ser el pasillo de su casa. Su equipamiento, un pijama. El *stick*, un cepillo de barrer. Y el portero al que acababa de marcar no era más que un peluche gigante que, sujeto a la manivela, custodiaba la puerta del armario con los brazos abiertos.

Su padre se asomó desde la cocina. En una mano llevaba un cuchillo y en la otra llevaba una merluza, sujeta por la cola.





—¡Elia, por favor! ¡Te he dicho un montón de veces que no corras por el pasillo a estas horas!

La niña se encogió de hombros:

—Papá, si son las siete de la tarde.

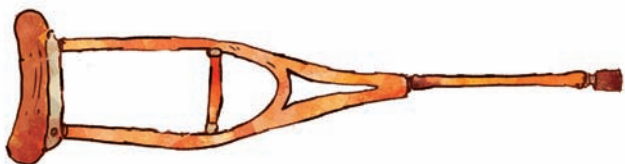
—Da igual, pero molestas a don Facundo. ¿No ves que se ha puesto otra vez a golpear el techo con la muleta?

Las voces en el piso de abajo daban fe de una ligera exaltación en el ánimo de don Facundo:

—¡Qué poca vergüenza! —gritaba, con su voz de lata—. ¡A la policía! ¡Voy a llamar a la policía! ¡Y a la guardia civil!

El padre de Elia volvió a meterse en la cocina.

—Y no son las siete —puntualizó—. Son casi las ocho. ¡Fíjate qué horas, y ni siquiera he empezado a preparar la cena!



Por favor, hija, compórtate como es debido, que ya eres mayor...

Al instante apareció otra vez, sin el cuchillo y sin la merluza, y se encaminó hacia la puerta de la escalera secándose las manos con el paño de cocina.

—Voy a bajar a pedirle disculpas, antes de que movilice al ejército... Después hablamos tú y yo, ¿vale?

«¿Que después hablamos tú y yo? ¿Cómo que después hablamos tú y yo?»

Por un momento, Elia pensó que no podía ser. Que no habría oído bien a su padre... Pero sí, no cabía duda. Había dicho lo que había dicho, una palabra detrás de la otra. ¡Y se había quedado tan ancho!

Aquello fue la gota que colmó el vaso.



Elia frunció el ceño, apretó los labios hasta que su cara tomó un bonito color «rojo disgusto», y se metió en su habitación con un portazo que hizo estremecerse al peluche portero.

Estaba enfadada. Muy enfadada. Terriblemente enfadada.

Unos minutos más tarde, su padre volvió a entrar en casa. Recorrió los ocho metros de pasillo y tocó en la puerta de su habitación:

—Elia, ¿puedo pasar?

—¡No!

—¿Por qué?

—¡Porque no!

Sin atender a la negativa, el hombre giró la manivela y abrió un poco la puerta, lo suficiente para ver cómo una revista llegaba volando desde el otro extremo de



la habitación y se estrellaba al lado de su nariz.

—¡Que te he dicho que no!

—Pero, hija, no te enfades conmigo. Yo solo quiero...

—¡Es que no es justo! ¡Nunca puedo jugar a nada por su culpa! ¡Es un cascarrabias y un ogro y un quejica al que todo le molesta!

—No, cariño, pero ten en cuenta que vivimos en comunidad y tenemos que respetar...

—¡Ya sé que vivimos en una comunidad! ¡Pero don Facundo Iracundo no se entera de que yo también vivo en esta comunidad! Y tú tampoco, porque encima vas y le das la razón a él, en vez de decirle que soy una niña y que todos los niños tenemos derecho a jugar, porque lo dice



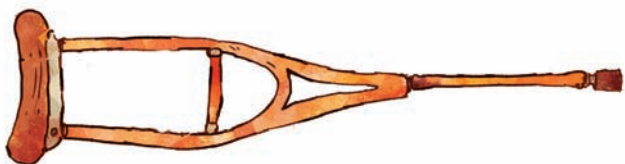
la Declaración Universal de los Derechos Humanos de los Niños —sentenció, con el dedo índice en alto—. ¡Y si le molesta que juegue, que se vaya a vivir a la Luna, que aún no está llena!

Mientras Elia pronunciaba el discurso, su padre aprovechó para colarse en la habitación.

—Así no se hacen las cosas, cariño —susurró con voz apaciguadora, sentándose a los pies de la cama—. Si discutimos y nos peleamos, nunca vamos a solucionar nada. Hay que dialogar. Siempre te digo que hablando se entiende la gente.

—¡Pero don Facundo no habla! —exclamó Elia, haciendo muecas—. ¡Él da golpes con la muleta!

—Sí. Es verdad. Tienes toda la razón —le concedió—. Y por eso mismo tene-



mos que tener mucho cuidado con él. Se puede caer al suelo y hacerse daño... ¿No crees?

Por toda respuesta, Elia soltó un bufido. Su padre no tenía remedio.